

[● REC]

LOS RELATOS PERDIDOS

Siete relatos basados
en las películas de [REC]

PRÓLOGO DE
JAUME BALAGUERÓ Y PACO PLAZA

VÍCTOR CONDE

JUAN DE DIOS GARDUÑO

HERNÁN MIGOYA

TEO RODRÍGUEZ

CARLOS SISÍ

GUILLERMO TATO

DAVID ZURDO



timunmas

[REC]

Los relatos perdidos

timun**mas**

Un destello, un pensamiento. Lo primero que le vino a la mente después de la larga oscuridad: él mismo leyendo un periódico. Quizá el horóscopo. *Virgo, no salgas hoy de casa o acabarás matando a alguien. Lanza una herradura.*

No recordaba si lo había hecho, si llegó a lanzar la herradura. Ni siquiera estaba seguro de quién era él; sólo sentía que le dolía horrores el estómago, como si le hubiesen obligado a comer tornillos.

Más flashes, recuerdos que llegaban a su mente como disparos: helicópteros. Máquinas voladoras con insignias militares haciendo ruido con las aspas (flup, flup, flup, como en los recuerdos traumáticos del Vietnam ese de las películas, ventiladores con bordes de cuchillas en habitaciones desnudas de hotel). Rotores en un paisaje invernal que levantaban gasas de nieve y las convertían en fantasmas. Tejados picudos de campanarios que arañaban las nubes, a ver quién asesinaba más ángeles.

El hombre al que le dolía la barriga como el infierno tenía helicópteros en la cabeza. Una guerra, vale, pero ¿contra quién? No lo recordaba. No se acordaba de nada, maldición, ni siquiera de quién era él, ni de cómo había llegado a parar a aquel maldito sótano.

—Gerardo... —Convirtió la palabra en una nube de vaho. El sonido tiritaba de frío—. Gerardo...

¿Qué significaba eso? ¿Era su nombre, o el del capullo que le había encerrado allí? ¿Estaba encerrado acaso?

Intentar ponerse en pie y provocarse un estertor de agonía fue todo una sola cosa, un cambiar de postura para que su estómago encontrase al fin una vía de escape, una válvula por la que soltar lo que fuera que lo estaba matando. Gerardo (¿era él, o podría llamarse así por el momento?) trató de incorporarse, se arqueó y vomitó hasta las tripas. Casi literal. Cosas que llevaban horas en su vientre y que no habían podido ser digeridas atravesaron su garganta, mordiéndole desde dentro. Pasaron

sin abonar peaje por su boca (¡por Dios, el sabor, qué asco!) y cayeron sobre sus manos, que formaban una especie de cuenco.

El hombre que no sabía a qué coño venía aquello de Gerardo se quedó apoyado contra la pared, sin fuerzas ni para ser él mismo. Miraba con ojos vidriosos el pequeño estanque de vómitos que sostenía con las manos. Vómitos mezclados con sangre... y algo más.

Había cosas flotando en aquel líquido mugriento. Objetos que su estómago se había negado en rotundo a digerir.

Otro destello zahirió su mente y le permitió construir un decorado. Un lugar que le resultaba familiar, aunque no pudiera ubicarlo: un enclave en el campo, un valle nevado. Riachuelos, agua del deshielo que humeaba por el intenso frío, cosas que disfrazadas de viento gemían obscenamente entre los árboles. Y una canción. Alguien había puesto música en un reproductor de MP3 y *Evanescence* sermoneaba:

*You used to captivate me by your resonating light.
Now I'm bound by the life you left behind.
Your face —it haunts my once pleasant dreams.
Your voice —it chased away all the sanity in me.*

...Y él corría, corría entre los árboles, saltaba por encima de los riachuelos, sorteaba las trampas estilo vietnamita de hojas y follaje. No, no era un recuerdo del Vietnam. Él no era tan viejo, no era un combatiente neurótico como los de las pelis de Chuck Norris. Pero desde luego estaba huyendo de algo, un horror que no tenía nada que ver con aquella música ni con sus estrofas, pero que estaba oculto allí, en la espesura. Acechando. Persiguiéndole. Enseñándole colmillos que brillaban como tajos de martirio en la oscuridad.

Corría y corría sin parar, sin pedir auxilio porque sería inútil. Los únicos que acudirían a esa llamada no vendrían precisamente para ayudarlo. La respiración frenética se sincronizaba con el ruido de sus pasos creando un efecto de bella musicalidad. Las ramas le azotaban el rostro, dejándole cicatrices de nieve.

—Gerardo...

La tercera invocación del nombre le trajo el recuerdo de un hombre apoyado contra un árbol, descargando su semiautomática en modo ráfaga sobre la foresta. ¿Era ése el tal Gerardo? Un militar, tapándose una herida en el pecho con una mano mientras hacía tabletear el arma con la otra. Disparaba contra cualquier cosa, le daba igual si eran amigos o enemigos. Había rebasado ese punto en el que todo es desesperación y miedo, y el solda-

do agonizante sólo quiere apartar el mundo de sí, cuanto más lejos mejor, para ver si hay suerte y el dolor y el miedo se van a tomar por culo también.

La bestia mecánica pasó a baja altura sobre sus cabezas. Gerardo (el que recordaba la escena, no el loco herido que disparaba sin apuntar) se tiró al suelo, más para que no le acertaran las balas de su compañero que para protegerse del helicóptero. Al mirar hacia arriba le vio la panza: era un pájaro Roc de sombra ominosa, una bestia con rotores gemelos y alas cargadas de misiles. Se parecía a uno de aquellos gigantesco helicópteros rusos de la guerra de Afganistán, un monstruo que sólo tenía que pasarte por encima para que la violencia de su chorro de aire te aplastara contra el suelo y te asfixiara al arrebatarte el oxígeno.

Aquel torbellino de aire tumbó al herido y le quitó la semiautomática de las manos. El arma siguió vomitando fuego por sí sola unos segundos más hasta quedarse sin munición: la cabrona le había cogido el gusto, y ya no hacía falta que nadie apretara el gatillo. Algo gritó de dolor entre los árboles, un enemigo que seguía siendo invisible.

Gerardo se acercó al herido para socorrerle, pero ya no se movía. Le había matado el viento del monstruo, el rugido de sus motores de queroseno. El frontal de su casco de operativos especiales era un telón rojo sangre, como los de los teatros. Apenas le quedaba un rostro por debajo de ese telón.

Gerardo respiró hondo. Quiso llevar a cabo esa clase de acto heroico que había visto en las películas, con un:

—¡Compañero herido!

por la radio, seguido de un:

—¡Solicito arco de luz sobre mi posición!

lo que en Vietnam significaba algo así como suicidarte pidiendo un bombardeo a gran escala que barriera tu porción de la selva y acabara con los malditos espectros amarillos.

Gerardo quiso cargarse a hombros al herido en plan petate y salir corriendo, un poco a lo Forrest Gump (*¡corre, Forrest!*), mientras el napalm desataba todos los infiernos a su espalda y purificaba el bosque. Pero no fue capaz. No le quedaban fuerzas ni para cargar con su propio esqueleto, menos aún para llevar a un compañero (que encima parecía muerto, encogido más que decrepito, como si le hubiera salido todo el éter hasta formar un escudo protector sobre su cuerpo ultrajado).

Entonces el helicóptero ruso abrió fuego, y fue como si la ira de cien dioses hijos de puta, al estilo de Zeus o Yahvé, se desatara sobre el mundo. La línea de árboles que había a su espalda fue cercenada por una podadora gigante; el terreno explotó con manchas de azúcar more-

no (tierra molida) y zigzags de nieve que se mezclaban con capilares de agua negra. Si había alguien escondido en aquellos árboles, que Dios le acogiera en Su seno y no le hiciera pagar tasas de equipaje.

Preso de la desorientación más cruel (la del soldado que ha olvidado en qué guerra lucha y quién es el enemigo, y que sólo piensa en sobrevivir), Gerardo mandó al cuerno a su compañero y echó a correr. El olor de las incendiarias le golpeó como un muro hecho de recuerdos de barbacoas, sólo que lo que se quemaba en ellas no eran costillas de cerdo. La lucha tenía lugar a plena luz; era un funesto atardecer bañado en un nimbo inmisericorde, un resplandor que abrasaba los sentidos.

Gerardo corrió como alma que lleva el diablo. Alguien daba órdenes por un altavoz, pero el sonido llegaba desde arriba, como si Dios estuviese dando instrucciones para la hecatombe en vivo y en directo. Mira que le gustaba jugar al *Stratego*, al muy pillo. Pero no era la Divinidad la fuente de aquel estruendo, sino el helicóptero. Gerardo ignoró las voces y los estampidos secos de los misiles y siguió corriendo. Su cerebro recibía tantos datos y de manera tan desordenada que los mezclaba en una sopa horrible.

Entonces lo vio.

Elevándose en medio de un claro como un oasis de contrachapado: un edificio. Una especie de nave industrial en ruinas, borracha de óxido pero con paredes todavía alzadas, y una enorme antena de radio y televisión elevándose sobre su tejado. El lugar perfecto donde guarecerse de aquella pesadilla.

Gerardo saltó una verja, tropezó y se comió un seto, se arrastró por debajo de una cancela rota y entró en el edificio. Bendita, bendita oscuridad. Negrura empapada de silencios. Un olor dulzón a paja vieja. Aquel sitio era una nave rectangular con el techo plano, usada en otros tiempos para procesar carne de vacuno, pero que ya se había rendido a la evidencia de su decrepitud. Sólo la red de tubos con aspersores de agua del techo parecía conservar un poco del orgullo que tuvo cuando era funcional.

Gerardo miró una última vez por el hueco de la puerta y vio al helicóptero, llamaradas de medio metro saliendo de las bocachas de sus ametralladoras. Por delante de él, una línea de árboles convirtiéndose en astillas para la próxima vez que el sargento IKEA pasara por allí. Verás tú qué pedazo de muebles de conglomerado.

El soldado intentó tranquilizarse. Respirar hondo, aunque lo que le rodara tráquea abajo fuera olor a napalm.

Una declaración voluntarista cuyo contenido se reducía a *venga, cabrón, que tú puedes conseguirlo, joder*, empezó a salir a arcadas de su boca como las ráfagas de aquella metralleta que disparaba sola.

Examinó el lugar: la nave industrial parecía una postal de Beirut. Había agujeros de disparos en las paredes y el techo. Los cubículos de los animales estaban vacíos y bañados por una ensalada almizcleña de sangre seca y serrín. Había pintadas en las paredes, pajas mentales hechas por okupas desesperados, algunas obscenas y otras filosóficas, y otras una curiosa combinación de ambas. *Te saqué la polla de la bragueta y me la metí en la boca, y fue como visitar la tumba de un ser querido y oír una voz saliendo de la tierra.* Cosas así.

Pero lo que más llamaba la atención era aquel agujero en el suelo, en pleno centro de la nave. Un orificio oscuro con los bordes doblados hacia dentro, como si la tierra se hubiese abierto en plan cataclismo para tragarse las pruebas de alguna aberración. Como si un viejo demonio antediluviano que viviera bajo el suelo hubiese asomado una zarpa para coger un juguete nuevo y llevárselo.

Gerardo se acercó a aquella sima oscura...

...Y lo que vio fueron manos blancas saliendo de la oscuridad. Extremidades descarnadas, pálidas, huesudas... alzadas como en la plegaria final de un gospel. El ojo torturado de Gerardo se fue acostumbrando poco a poco a la falta de luz, distinguiendo más detalles en aquella sebosa oscuridad, y eso fue lo más terrorífico, como si la persistencia de la visión fuese una carrera contrarreloj hacia el horror total. Como si de alguna forma tuviera que obligar a su cabeza a mirar hacia otra parte antes de que llegara a distinguir más detalles, y pudiese ver los orificios que acompañaban a aquellas manos y que seguramente eran bocas, y los puntos brillantes que se clavaban en él con hambre, con *ansia*, y que seguramente eran ojos.

Gerardo quiso retirarse, huir lo más lejos posible de aquella boca del infierno. Pero lo único que consiguió fue resbalar y caerse dentro, sobre aquel colchón de manos hambrientas, como una estrella del rock lanzándose desde el escenario sobre el océano de fans enloquecidos que sabía que se lo iban a comer vivo.

Gerardo cayó por el agujero...

...Y volvió al presente. Horas o quién sabe si días después de aquel hecho. Al momento en que despertó vomitando algo que no podía digerir.

Sacudió la cabeza. No estaba exactamente despierto pero sí de regreso a la realidad. Miró qué eran aquellos objetos y el horror volvió a su mente con la contundencia de un hierro al rojo.

Pues las cosas no digeridas eran dedos, dedos amputados de mujer, todavía con pintura rojo sangre embelleciendo sus uñas astilladas.

Tranquilízate, le suplicaba su mente, aunque más que una petición parecía una burla. *Tranquilízate, tío, seguro que hay una explicación razonable para esto.*

Sí, claro, y los zombies no existían, eran producto de la imaginación pop del siglo xx; hijos en blanco y negro e hiperacelerados de una película de Romero.

Una vez había visto a un amigo suyo escupir un diente en su propio guante, durante una misión, y tirarlo al suelo para seguir apuntando con su rifle. Sí, el recuerdo era suyo. Puede que la amnesia trabajara así: recuperando antes los recuerdos periféricos, las imágenes vistas a distancia, y luego los cercanos, los más importantes.

Fue así como Gerardo descubrió que su desesperación tenía voz, y que le hablaba como un niño con problemas de dicción:

—*Gué, gué, esgtásg godido, cadbrón. ¡Suigcídáte, suigcídáte yga, gué, gué!*

Pero no, aún era demasiado pronto para el suicidio. Todavía tenía manos. Y ojos. O sea, que podía apuntar y disparar. No existía ninguna guerra de la que un soldado con ojos y manos (y suficiente munición) no pudiera salir disparando.

A ver, tenía que ir poniendo cosas en claro, empezando por lo más inmediato y saliendo hacia fuera, justo al revés que la amnesia. Del interior al exterior. Se palpó a sí mismo para hacerse un chequeo básico: brazos, dos. Piernas, otras dos. Traje militar de comando. Cinturón multiusos al estilo Batman, aparentemente sin usar. Bien. Radios o armas, ninguna. Mal. Su imaginario carcaj de guerrero estaba vacío. Pero al menos podía moverse.

Un nivel más arriba, más allá de su cuerpo: el entorno. Un sótano. Una habitación acuchillada por un rayo de luz polvoriento que venía del techo. El rayo se colaba por un agujero, posiblemente hijo de un arma de gran calibre. Cascotes por todos lados. Una puerta al norte, por llamar norte a algún sitio, con el dibujo de una vaca feliz y una declaración de amor al queso Idiazábal.

—*Gué, ponte en pie, gué, gué...* —susurró.

Vegte pregparándotge, ammigo, quge la solegdad en el cagmpo de bataglla egs muy puta.

Hizo un esfuerzo por ponerse en pie. Por fortuna, su instinto de supervivencia siempre había estado a salvo de indecisiones.

Notó perfectamente cómo lo que le quedaba dentro del estómago se ponía plano, como un horizonte artificial eviscerado. Intentó dar un paso y su organismo gritó ¡¡NO!! con mala hostia.

Abrió la boca y dejó salir el resto. Sólo quería librarse de ello, fuera lo que fuese. El dolor de tenerlo allí dentro lo estaba matando.

Gerardo se vació por completo, esta vez de verdad. Pero cuando vio de qué se trataba, qué era lo que había estado cargando en su barriga como una mochila, le dieron ganas de llorar. No de la risa, sino del miedo.

Eran los restos medio triturados de algunos huesos. Huesos humanos, joder.

Los pedacitos eran lo suficientemente pequeños como para que hubieran podido salir por su garganta, pero aún así Gerardo los recompuso mentalmente (como hacía cuando era niño con aquellos puzzles tan chulos de Fairotti). ¡Eh, un recuerdo de la niñez, estupendo! ¡Los puzzles y los cielos llenos de cometas que anunciaban a todos los chavales la llegada del buen tiempo! ¡Vamos progresando! ¡Jódete, amnesia! Y no eran de vaca. Coincidió con los que había visto en los campos de batalla tras la acción Detespún de una cortina de napalm: eran huesos humanos.

Sólo había una conclusión posible para aquello.

No, no, por la Virgen y todos los putos santos, no lo digas en voz alta...

En algún momento del pasado reciente había ingerido carne humana.

¡Te ordené que no lo dijeras!

Los huesos, los dedos femeninos amputados, esas bolas de tendones amasados que parecían rollitos de primavera...

Se había comido, o intentado comer, a una tía. A una mujer adulta. Pero por alguna razón su cuerpo se había negado a digerirla.

Gué, gué, suicidio, gué...

Con el horror dando martillazos en su cráneo, para romperlo y ver qué había dentro, Gerardo salió corriendo. Un pasillo, huellas rojizas en el suelo, salivazos de sangre por doquier. Aquel lugar se había convertido en un matadero después de haber sido un matadero. Pero no había el menor rastro de cadáveres.

El soldado corrió como si intentara huir de su propia sombra, a trompicones, rebotando contra las paredes y con las manos extendidas hacia el siguiente pomo, hacia la siguiente puerta. Cuando la abrió, y salió a la gran habitación que había detrás, se quedó paralizado.

Un silencio dominical reinaba allí como en una polvorienta sacris-

tía. Falso, no era un silencio absoluto: había como un rumor de fondo que se parecía a la banda de sonido de ambiente de una película, lo más bajo que puede escuchar el oído humano. Ese rumor provenía de unos altavoces situados en el techo: era como si alguien se hubiese dejado encendido un viejo reproductor de vinilos mucho después de que la aguja hubiese saltado fuera del disco.

Pero ese dato, la constatación de que en aquel edificio aún había electricidad, no fue lo que le dejó clavado al suelo, sino la presencia de la muchacha.

Era una mujer joven, o eso aparentaba, con un pelo rojo que se precipitaba en una cascada desgreñada sobre sus hombros. Estaba de espaldas a él, por lo que no pudo verle la cara, pero tenía los brazos ligeramente separados del cuerpo, con las manos engarfiadas en una pose depredadora.

Y le faltaban tres dedos de la mano izquierda.

Por el amor de Dios.

El cerebro de Gerardo estaba a punto de explotar. Apenas le prestó atención a lo que había en aquella sala grande, con las enormes máquinas de triturar carne que parecían sacadas de un anuncio de Soylynt Green. Tampoco procesó la presencia de la caseta de control de la que surgían los cables de los altavoces, ni la cancela medio abierta por la que entraban soplos de aire helado del bosque.

Sólo tenía ojos para la mujer. Y cuando ésta se giró, al oírlo llegar (*Jesús, Jesús bendito, tiene las uñas pintadas de rojo, rojo pasión, exactamente como las que yo vomité*), Gerardo casi se desmayó.

La mujer parecía una modelo de pasarela del Infierno. No sólo le faltaban aquellos dedos, sino también la mitad de la carne de su rostro, en concreto la que tendría que estar recubriéndole el maxilar inferior. Era como si un amante psicótico le hubiese dado un beso que no sólo contenía lengua y labios, sino dientes y colmillos.

La mujer lo miró con unos intensos ojos azules, fríos y brillantes como la nieve de afuera, e hizo un amago de sonrisa con aquella boca que era todo maxilares expuestos bajo desgarros de músculo.

Pero lo peor de todo era su esternón. También estaba a la vista, asomando desnudo por un agujero en su uniforme de operaria. Lucía devorado y astillado en muchos puntos; Gerardo juraría que en los mismos donde encajaban los pedazos que él había vomitado.

—Vale... —murmuró el soldado. Una estupidez como otra cualquiera, pero que para él tuvo sentido. Y luego, a alguien de arriba, quizá a Dios—: Si ésta es Tu idea de una broma pesada...

La mujer lanzó un horrible chillido a través de aquella ciénaga de dientes, y se lanzó como una posesa sobre Gerardo. Él reaccionó como cabía esperar, con el entrenamiento de alguien para quien luchar no es algo que sólo se ve en las películas, sino que se practica en el día a día, como parte de su profesión.

El soldado retrocedió por instinto, dejando espacio entre su enemiga y él mientras su mente intentaba hallar una solución. No supo si fue por casualidad o por designio divino que su espalda se estrellara contra la misma pared de la que colgaba aquel cuadro antiincendios, con el extintor de mano y la pequeña hacha de bombero escondidos tras el cristal.

La mujer pegaba brascas dentelladas en el aire, buscando su yugular, trocitos de su cerebro bajando como cintas de crespón por los retorcidos canales del oído. Aquellas manos con uñas rojo pasión arañaban el aire frente a la cabeza de Gerardo, persiguiendo sus ojos, todo un manjar que sacar de la sandía para llevárselo a la boca. ¿Pasando por la garganta, o metiéndoselos directamente y sin masticar dentro de la barriga a través de la celosía del esternón?

Gerardo dudaba que a aquella cosa le importase, o le doliera, hacer una cosa u otra.

El hacha encontró por sí misma el camino hasta su mano, y cuando por fin la tuvo aferrada, sintiendo la rudeza de la madera (¡por fin tenía una flecha en el carcaj!), Gerardo puso cara de loco y empezó a responder al ataque: se cubrió la cara con los brazos para deflectar los golpes, empujó hacia atrás con un fuerte puntapié a la maldita zombi y dio un violento giro al hacha para conferirle potencia y fuerza de penetración. Lanzándose hacia delante, logró encajarle un golpe justo en mitad de la frente.

La mujer se paralizó, mirándole con ojos que sonreían. Que mostraban gratitud. Era como si le diera las gracias, o como si le enseñara a su marido la última moda en las tiendas de París: *Sombrero de asta de alcornoque con un cuarto de kilo de acero danés incrustado en el occipital. ¿A que es bonito? ¡Y aceptan VISA!*

Luego se desplomó cuan larga era, zambulléndose en un charco de su propia sangre.

Gerardo se quedó un buen rato mirándola. Temiendo quizá que volviera a levantarse, como en esas malas películas en las que el monstruo siempre se guarda un sustito para el final, para cuando algún incauto se aproxima a comprobarle el pulso.

Su aliento era paja áspera en la garganta.

¿Lo veis?, surgió de nuevo la voz de la desesperación: *Egsto es lo que pagsa cuando no tge acabas logs platos hagsta el signal. Que sge regbotan y viegnen a porg ti para vengarse. Imagínate si en vejs de solglomillo hugbiese sgido calagmar.*

—¡No! —gritó, clavándose los dedos en la sien.

Tenía que pensar en otra cosa, cualquiera, aunque fuese una chorrada. Algo que lo alejase del horror. Los trabalenguas que se sabía de niño irían bien, aunque pensar en cosas útiles también valdría. Cosas como...

—... La manera de *sagrir de aguá*. —Diálogo a tres bandas, sí, mierda, eso estaba bien. Su yo interior mezclándose con lo que Gerardo decía en voz alta y todo ello apostillado por su demencia.

«Cosas útiles. Cosas que me ayuden a escapar, a seguir vivo», se dijo. La electricidad (miró a los altavoces), sí, hay electricidad, esos malditos chismes están funcionando. Y donde hay energía y transistores se puede fabricar una radio. Puede que hasta funcione la línea telefónica. Coño, quizá haya incluso un ordenador conectado a internet y con tres horas de batería por delante.

Clavó los ojos en la caseta de control, de donde salían los cables de los altavoces. Desde allí tendría que poder controlarse toda la instalación. Siempre que no hubiese más zorras caníbales dispuestas a sacarle a bailar.

Gerardo corrió hacia la caseta, que estaba construida sobre unos tanques llenos con el agua del sistema antiincendios. Subió de tres en tres las escaleras (era una especie de atalaya de vigilancia) y empujó la puerta. Ésta ofreció un poco de tozuda resistencia al principio, pero era contrachapado barato y acabó cediendo. Bien, primera buena noticia. La segunda era que no había más zombies allí dentro. Si aquello fuese una pesadilla seguro que nada más abrirla se le habrían echado encima un centenar de manos blanquecinas y famélicas.

Pero no, allí dentro sólo había una silla con ruedecitas insuladas, un panel de mandos lleno de palancas de propósito desconocido y un calendario con fotos guarras columpiándose de su clavo.

Gerardo examinó el panel. Nada, ni un mísero ordenador, ni una triste tableta. Sólo botones gordos y metálicos, al estilo central nuclear, que podían girar de izquierda a derecha. Uno, el único que identificó, tenía dibujado encima el símbolo de una llamita. Seguro que activaba los aspersores del sistema antiincendios que había visto embrujando los techos. Pero el agua no mataría ni de coña a aquellas cosas.

Se dejó caer sobre la silla, abatido. Miró a la chica del calendario. Miss Septiembre-porno le decía con las piernas completamente abiertas y el coño rasurado: «ven y cómetelo. Si te atreves».

—¿Qué está pasando, preciosa? —le preguntó. La chica siguió mirándolo con aquellos ojos lascivos y aquel dedo que le llamaba, y que seguro que un instante antes de tomar la foto había saboreado las mieles de su vagina—. ¿Por qué está pasando esto?

Para ser una pesadilla, el clímax estaba durando demasiado. Y no había visos de que el despertar estuviera cerca. Pero ¿estaba pasando realmente? ¿En serio Gerardo era una especie de último superviviente en medio de un apocalipsis zombi?

Rió como un payaso borracho. Aquello no tenía ni pizca de gracia.

Intentó centrarse antes de que la pelmaza de su voz interior saliera del escondite. Y lo vio: un viejo casete de esos de los ochenta, metido en un reproductor que debía datar, carbono catorce, más o menos de la misma época. Era una cinta de audio, igual que las que usaba su viejo cuando Gerardo era niño. Noventa minutos. Joder vaya pedazo de capacidad.

El botón de PLAY estaba pulsado, aunque la cinta había llegado a su final. Y el STOP no había saltado en automático. Ése era el sonido que surgía de los altavoces: los cabezales del aparato girando en vacío.

Gerardo limpió los estratos de polvo de los botones y buscó el STOP. Lo pulso y a continuación REWIND. Rebobinar. Claro, aquellos chismes eran carretes de cinta magnética. Si querías escucharlos desde el principio había que bobinarlos de nuevo.

Ese proceso se tomó sus buenos dos o tres minutos, durante los cuales el soldado no dejó de vigilar por los cristales de la caseta. Tenía una buena visión de toda la planta de procesamiento desde allá arriba. Seguro que el cabrón del jefe que controlaba aquel tinglado (todos los jefes eran unos cabrones, así que no tenía que preocuparse por perjurar en vano) se sentía como un dios vigilando a sus súbditos. Como una hormiga reina gozando durante un ciclo de gestación del trabajo de sus esclavos sin alas.

El chasquido de la cinta al acabar de rebobinarse le dio un susto de muerte. Respiró hondo para tranquilizarse y apretó con un dedo tembloroso el PLAY.

La cinta comenzó a correr.

Los primeros cincuenta segundos eran pura estática, una nada llena de grano seco y fustigante, tanto que Gerardo llegó a pensar que alguien le había tomado el pelo. Pero justo cuando se disponía a apagarlo, del aparato surgió una voz.

En la mente de Gerardo se perseguían unas a otras las preguntas, incansables como hámsteres en sus ruedas de ejercicios.

Estaba allí, apoyado en la mesa, bajo el altar profano de Miss Septiembre-porno (*méteme el dedo, venga, chiquillo triste, y después si quieres tu inmensa verga*), intentando encontrarle un sentido a lo que surgía de aquella cinta.

Pero no lo tenía. Al menos no en un mundo cabal.

Parecía la incansable letanía de un cura católico, una salmodia recitada en latín (si es que aquel galimatías era latín) que un hombre hubiera susurrado a toda prisa, aunque con muchísima convicción, con el micrófono grabador metido hasta el paladar. Era una interminable sucesión de frases, exabruptos, órdenes y plegarias a base de palabras que terminaban en su mayoría en «us»:

*Exorcizo te, omnis spiritus immunde,
in nomine Dei Patris omnipotentis,
et in nomine Jesu Christi Filii ejus,
Domini et Judicis nostri, et in virtute Spiritus Sancti,
ut descedas ab hoc plasmate Dei,
quod Dominus noster ad templum sanctum suum vocare dignatus est,
ut fiat templum Dei vivi,
et Spiritus Sanctus habitet in eo.*

Gerardo había leído muy pocos libros en su vida. Y la mayoría habían sido cómics, sobre todo de la Patrulla X en la época Claremont-Romita. Lo suyo no era leer, sino disparar. Pero maldita fuera su estampa si no sabía reconocer al menos un par de palabras en aquel idioma, antecesor del suyo propio.

Exorcismo era una. Ésa podría reconocerla hasta un niño pequeño, o alguien que hubiese visto demasiadas veces la peli aquella de la niña con la cabeza giratoria.

Exorcizo te.

Yo te expulso.

El que grabó aquella cinta estaba recitando un ritual cristiano para endemoniados.

*Ergo, draco maledicte et omnis legio diabolica,
adjuramus te per Deum vivum,
per Deum verum,
per Deum sanctum,
per Deum qui sic dilexit mundum
Domine, exaudi orationem meam.*

Lo asombroso fue que aquellas palabras tuvieron un efecto inesperado en la mente de Gerardo. Fue empezar a oír las y sentir cómo el mundo se alejaba en un vahído.

Cuando un hombre se desmaya o se coloca con ácido, la sensación que tiene es la de una transposición, como si su mente pasase a funcionar en un estado de conciencia paralelo. Es como si la luz que vuelve real al mundo se difuminara y otra más tangible, más inmediata, tomara forma, dando cuerpo a un proscenio de sueños imposibles.

La sensación que experimentó Gerardo al oír la salmodia fue la opuesta a esa: no era que el mundo se estuviera volviendo más etéreo, sino lo contrario. La realidad que entraba por sus ojos prendió como el clorato de potasio de una cerilla, ¡FLASH!, haciéndose más inmediata y muchísimo más resplandeciente que antes, como la eyaculación fresca de un chaval durante su primer sueño erótico. Los rayos del sol que se colaban por los tragaluces atravesaron sus córneas como lanzas de vidrio. Dolor, ¡dolor! ¡Y éxtasis! Si era un cuelgue de ácido inducido por el rito latino, póngame siete Biblias, camarero. Me las envuelve para llevar.

A Gerardo se le quedó ese tono seco en el rostro que usaba cuando lloraba o estaba a punto de hacerlo. Dios, cómo dolía. Y lo peor de todo era la angustiada sensación de *déjà-vu*. De recordar esa salmodia porque alguien se la había gritado al oído.

Todo comenzó a tomar forma lentamente, cobrando un diabólico sentido. Sí, claro que había escuchado antes esos cánticos... En algún momento (no muy lejano, no te creas) le sirvieron de guía en la oscuridad, mientras salía de una especie de jaula. Se estremeció al revivir tan sólo una ínfima fracción de esos sentimientos, de la frialdad de los barrotes, de la cualidad asfixiante del oxígeno que allí se respiraba.

Gerardo corría y corría por un pasillo oscuro. Era un pasillo conceptual, como esos de los que habla la gente cuando se está muriendo,

sólo que en este caso no había luz al final del túnel, sino una especie de aura bermellón.

Y alguien (o algo) le perseguía por ese pasillo, un carcelero burlado que no quería que su prisionero se escapase.

Su mano cayó al azar sobre el casete, una maza de dedos, tocando botones como un alcohólico desesperado que intentase abrir un mueble bar. Aplastó tres o cuatro de golpe, entre ellos el de expulsión de la cinta. Ésta cayó al suelo con un tintineo. El exorcismo se interrumpió.

Gerardo gritó; tenía las líneas de la piel de la frente peinadas hacia atrás, como si lo hubiesen tenido siete horas en un trasto de esos que usan los astronautas para simular aceleración, girando alocadamente sobre sí mismo. Sudaba, y era una secreción que olía mal. A podredumbre. A miedo.

Algo le perseguía por aquel túnel, en su recuerdo. Una presencia horrible que no quería que Gerardo se escapase. Quería retenerlo allí, en la oscuridad, como un juguete que el carcelero estuviese guardando para entretenerse cuando la noche fuera más oscura, y los niños tuvieran malos sueños. Gerardo resbalaba como la última gota de whisky por el gollete de la botella, sólo que la boca que le aguardaba debajo no era la blanda y mal afeitada de un borracho, con sus típicos labios de color desvaído, sino las fauces de un demonio.

—¿Q... qué coño ha... ha sido eso? —se cabreó con miss Septiembre-porno.

Ella le sonrió. Gerardo habría jurado que sus piernas estaban un pelín más abiertas que antes, y su coño un par de gotitas más húmedo. Lo grabó todo en un fichero mental rotulado COSAS QUE ME ASUSTARÁN TODA LA VIDA, A PARTIR DE HOY, mientras el almanaque seguía columpiándose del clavo.

Entonces lo vio.

O creyó verlo. Pero sólo la sospecha le bastó para ponerse en guardia y aferrar el mango del hacha. Su corazón latía a más ciclos por segundo que el cronómetro de un deportista.

Había algo reflejado en la ventana de la caseta.

Le costó darse cuenta de que el joven angosto que había en el centro de la ventana, con cara de tuberculoso, era él mismo. Pero había otra imagen encima, superpuesta, una especie de mancha de agua.

Había cristales transparentes que adquirían cualidades de espejo según cómo les incidiera la luz. El que hacía de ventanal para la caseta era uno de esos. Y en aquel momento, con el sol inclinándose más de lo que admitían los tragaluces, y las sombras alargándose como culebras, la propiedad espejo empezaba a ganarle la partida a la transparencia.